

AUTOR DEL ÉXITO DEL *NEW YORK TIMES* **RADICAL**

UN LLAMADO A **MORIR**. UN LLAMADO A **VIVIR**.

SÍGUEME

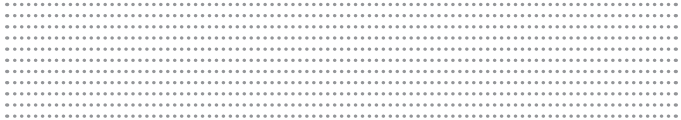


DAVID
PLATT

PREFACIO POR

FRANCIS CHAN





UN LLAMADO A MORIR. UN LLAMADO A VIVIR.

SÍGUEME



DAVID
PLATT

PREFACIO POR
FRANCIS CHAN



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC., CAROL STREAM, ILLINOIS, EE. UU.



Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Sígueme: Un llamado a morir. Un llamado a vivir.

© 2013 por David Platt. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2012 como *Follow Me: A Call to Die. A Call to Live.* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-7328-7.

Fotografía del autor tomada por Jason Wells Photography, © 2009. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jennifer Ghionzoli y Alberto C. Navata Jr.

Traducción al español: Adriana Powell y Omar Cabral

Edición del español: Mafalda E. Novella

Publicado en asociación con Yates & Yates (www.yates2.com).

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Versículos bíblicos indicados con NVI han sido tomados de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*,[®] NVI.[®] © 1999 por Biblica, Inc.[™] Usado con permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados mundialmente. www.zondervan.com.

Versículos bíblicos indicados con RVR60 han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina-Valera 1960. © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. *Reina-Valera 1960*[™] es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

ISBN 978-1-4143-7564-9

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

19 18 17 16 15 14 13

7 6 5 4 3 2 1

Las regalías que reciba el autor de este libro se usarán para promover la gloria de Cristo en todas las naciones.

CONTENIDO



Prefacio por Francis Chan ix

CAPÍTULO 1:	CREYENTES NO CONVERTIDOS	1
CAPÍTULO 2:	LA GRAN INVITACIÓN	27
CAPÍTULO 3:	RELIGIÓN SUPERFICIAL Y REGENERACIÓN SOBRENATURAL	55
CAPÍTULO 4:	NO HAGA DE JESÚS SU SEÑOR Y SALVADOR PERSONAL	81
CAPÍTULO 5:	HIJOS DE DIOS	103
CAPÍTULO 6:	LA VOLUNTAD DE DIOS PARA SU VIDA	131
CAPÍTULO 7:	EL CUERPO DE CRISTO	159
CAPÍTULO 8:	UN ENFOQUE DE POSIBILIDADES	187
CAPÍTULO 9:	NACIDOS PARA MULTIPLICARNOS	217

Un plan personal para hacer discípulos 243

Reconocimientos 251

Notas 253

Acerca del autor 261

PREFACIO



MI VIAJE PERSONAL

Hice lo que todo el mundo esperaba que hiciera. Planté una megaiglesia. Escribí un éxito editorial. Fundé una universidad, inicié otras iglesias y di conferencias. No obstante, tenía un gran problema: no tenía paz. En base a lo que había leído en la Palabra, había demasiadas contradicciones. Mi estilo de vida no reflejaba la vida de Jesús, y la iglesia sobre la que leía en Hechos parecía muy distante. Reconozco que Jesús vivió en una cultura diferente y que el libro de Hechos fue escrito sobre un momento singular de la historia, pero estaba convencido de que ciertas cualidades tenían que distinguir siempre a los cristianos y a la iglesia.

De modo que no fue ninguna sorpresa para mi esposa, Lisa, ni para mí cuando sentimos que el Señor nos estaba guiando a una nueva aventura. Después de diecisiete años de un ministerio fructífero en una sola ciudad (toda nuestra vida de casados), dejamos atrás algunas amistades profundas e irremplazables y partimos hacia lo desconocido. Algo que no le recomiendo a todos. No es el plan de Dios para todas las personas, pero lo fue para nosotros. Simi Valley ya no parecía el lugar que más me necesitaba para la difusión del evangelio. Con eso nos bastaba. ¿Acaso no deberíamos

tomar todas nuestras decisiones en base a lo que tendrá el mayor impacto para el reino de Dios?

Me preocupaba el gran número de iglesias que enseñaban la Biblia en una pequeña ciudad. Me inquietaba que hubiera tantos buenos líderes en una sola iglesia mientras que otras ciudades carecían completamente de ellos o estaban descuidadas. Me frustraba mi propia incapacidad para motivar a la gente a estructurar sus vidas en torno a la formación de discípulos. Podía llenar una sala y predicar un sermón, pero no sabía cómo impulsar a la gente a salir de esa sala para abocarse realmente a hacer discípulos. Podía generar entusiasmo, pero no urgencia. Sabía que Jesús quería más para su iglesia, pero no sabía exactamente qué, ni cómo guiar a la gente en ese sentido.

Mirando ahora hacia atrás, puedo ver que parte del problema era mi ejemplo. Todos sabemos que es difícil que nuestros hijos aprendan a hacer algo si no les damos el ejemplo. Les decía a los demás que debían hacer discípulos mientras que yo pasaba los días lidiando con otros problemas y preparando sermones. Quería que la gente compartiera su fe regularmente mientras que yo rara vez lo hacía. Esperaba que la iglesia viviera con un espíritu aventurero mientras que yo seguía con mi vieja rutina.

La paz me regresó cuando vendimos nuestra casa, hicimos el equipaje de la familia y nos embarcamos para Asia. Es extraño cómo la incertidumbre puede realmente generar paz mientras que la comodidad puede provocar lo opuesto. Elegimos Asia porque había oído muchos relatos sobre la fe de los creyentes allí. Quería comprobarlo personalmente y ver si el Señor me estaba llamando a esa región. Pensaba que me sentiría mejor en el extranjero y que

sería más útil en una cultura diferente. Cualquiera fuera el resultado, estaba disfrutando del proceso. Fue estimulante viajar al exterior, orar con mi familia y preguntarle al Señor si era su voluntad que nos quedáramos. En muchos sentidos, fue un sueño cumplido.

Aprendimos mucho en Asia, pero llegué a la conclusión de que el Señor todavía me quería en Norteamérica. Quería que usara lo que había aprendido de los creyentes en China e India y lo aplicara aquí en Estados Unidos. Su pasión y su compromiso me recordaban lo que había leído en las Escrituras. Ellos vivían el cristianismo del Nuevo Testamento en el siglo XXI. Mostraban lo rápida y eficazmente que se extiende el evangelio cuando cada creyente forma discípulos. Estoy convencido de que su mentalidad y el enfoque que tienen de la iglesia pueden ser igualmente transformadores en Estados Unidos. Sin embargo, tendríamos que estar dispuestos.

De modo que estoy nuevamente aquí en Estados Unidos. Todavía tengo dudas sobre el plan a largo plazo de Dios para mí, pero esta ha sido una de las mejores etapas de mi vida. Paso la mayor parte de los días en San Francisco con un grupo de amigos que van de persona en persona, explicándole el evangelio a todo el que esté dispuesto a escucharlos. Se está desarrollando una iglesia en la que la formación de discípulos es central y la unidad es algo natural. Nos estamos convirtiendo rápidamente en una familia. He descubierto que es mucho más fácil dejar de lado los desacuerdos con los compañeros de tarea que se sacrifican para formar discípulos.

Tengo más paz en mi búsqueda de los que no conocen a Jesús (soy menos cobarde). He visto un enorme crecimiento espiritual en mis hijos. Me gusta verlos compartir su fe y escuchar su entusiasmo cuando experimentan lo sobrenatural. Hemos visto a Dios

responder muchas oraciones de manera sobrenatural. Estamos menos atados al mundo y más enfocados en la eternidad. Mi esposa y mis hijos se parecen cada vez más a Jesús, y nuestro estilo de vida es más congruente con el Nuevo Testamento. Como lo expresó mi hija de dieciséis después de nuestra primera campaña de evangelización: «Sentí como si saliéramos directamente de la Biblia».

La iglesia a la que pertenezco es una obra en proceso, pero está encaminada en la dirección correcta. Se parece cada vez más a lo que veo en las Escrituras. Hay vida, amor, sacrificio, compromiso y poder. Paso efectivamente buena parte de mi tiempo formando discípulos, y el ministerio adquiere sentido en ese contexto.

Durante demasiado tiempo lidié con números sencillos. Las cosas tenían sentido cuando lograba dirigir a cincuenta personas y las veía alcanzar a quinientas. Me sentía como un empresario de éxito. Tenía sentido cuando me confiaban a quinientos obreros y los veía alcanzar a cinco mil. No obstante, es ahí donde el sistema se quebró. Se me dio la enorme responsabilidad de dirigir a cinco mil obreros. ¡Una fuerza de trabajo masiva! Y aunque logramos algunas cosas buenas, no conseguí que esos obreros continuaran multiplicándose. El crecimiento que veíamos no tenía sentido en relación a la magnitud del ejército. Los números no cuadraban. Estaba desperdiciando recursos.

No se trata de tener una iglesia grande o pequeña. Se trata de cómo mantener la gran comisión continuamente presente en la mente de cada creyente. Tiene que ver con ayudar a la iglesia a ir más allá del «ven a escuchar» y seguir con el «ve y cuéntalo». Se trata de que los creyentes experimenten la vida verdadera y que la iglesia de Jesús brille luminosamente.

HACER DE CADA DÍA UN VIAJE MISIONERO

¿Ha participado alguna vez en un viaje misionero de corta duración? Qué emoción, ¿no? Durante algunos días usted recorrió un país extranjero con un grupo de creyentes y estuvieron centrados en el ministerio. Rieron juntos al saborear comidas exóticas e intentar hablar el idioma. Lloraron al ver la pobreza extrema. Tal vez hasta sufrieron enfermedades, dificultades e incluso persecución.

Por más agradable que le haya resultado el regreso a la comodidad del hogar, también experimentó la desilusión. Estaba nuevamente en el «mundo real». Al hacer la obra del reino había sentido una paz que luego desapareció. Volvió a una rutina en la que sentía que la mayor parte de lo que hacía no tenía valor eterno. Sin embargo, ¿acaso no se podría prolongar el entusiasmo y la paz? ¿Y si la vida misma pudiera ser un continuo viaje misionero? ¿Sería esto posible en el «mundo real»?

No solo es posible, es lo que Dios quiere para nosotros.

¿Recuerda el pasaje que muchos de nosotros escuchamos cuando creímos por primera vez? «El propósito del ladrón es robar y matar y destruir; mi propósito es darles una vida plena y abundante».¹

La vida que Dios tiene para nosotros es una vida abundante. Destinada a ser plena, no repetitiva. Dios quiere que hagamos cosas de impacto eterno. Nos quiere ocupados, extendiendo su reino de una u otra manera, hoy y cada día de la vida. Esto no significa que cada cristiano debería abandonar su trabajo y mudarse a otro país. No obstante, sí significa que debemos descubrir cómo hacer que cada día cuente para los propósitos de Dios.

Pablo lo expresó de la siguiente manera: «Ningún soldado se

enreda en los asuntos de la vida civil, porque de ser así, no podría agradar al oficial que lo reclutó». ²

¿Acaso la mayoría de nosotros no hace lo opuesto? Nos ocupamos de «los asuntos de la vida civil» y de tanto en tanto saltamos a la batalla cuando nos vemos forzados. El servicio al reino es algo que experimentamos en un viaje misionero, en un día de trabajo en la iglesia, o en una reunión de oración. Estar enredados en el estilo de vida civil se ha convertido en la norma. Incluso es algo aprobado mientras podamos enarbolar alguna actividad ocasional para el reino. Sin embargo, ¿no nos dicen las Escrituras que debemos vivir una vida diferente? ¿Acaso no sería más «abundante» nuestra vida si descubriéramos la manera de estar en el campo de batalla todos los días?

Quizás está analizando su propia vida y dando por sentado que no tiene opciones. Una persona que tiene familia, responsabilidades y cuentas que pagar ¿acaso no está obligada a «enredarse en los asuntos de la vida civil»?

En absoluto. Usted y yo fuimos creados para más que eso.

DONDE HAY UN MANDAMIENTO, HAY TAMBIÉN LA MANERA DE CUMPLIRLO

Jesús jamás nos daría un mandamiento imposible. Cuando permite la tentación, también da la salida. ³ Cuando nos da una tarea, nos provee el poder para cumplirla. ⁴ Si nos diera una tarea sin darnos el poder para obedecer, la vida sería frustrante, no *abundante*.

Realizar tareas con excelencia es una de las alegrías de la vida. Nos encanta obtener buenos resultados en un examen cuando hemos estudiado como locos o ganar un partido cuando hemos

competido con toda nuestra capacidad. Sentimos algo de envidia al ver a un atleta olímpico obtener la medalla de oro después de años de esfuerzo. Nos gusta ver los resultados del trabajo duro.

Dios nos creó para hacer buenas obras.⁵ Y esto es lo sorprendente: Dios no solamente nos da los mandamientos, no solamente nos da el poder para obedecer esos mandamientos, sino que ¡también nos recompensa cuando cumplimos lo que nos ordenó! Esa es la vida abundante.

Probablemente la tarea más asombrosa que nos dio es la de Mateo 28. Se destaca por la forma dramática en que la expresó. *Se levantó de la tumba*, y a continuación hizo la siguiente introducción a su mandamiento: «Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra». Nadie en su sano juicio ignoraría lo que Jesús dijo a continuación:

Vayan y hagan discípulos de todas las naciones,
bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y
del Espíritu Santo. Enseñen a los nuevos discípulos
a obedecer todos los mandatos que les he dado.⁶

Jesús quería seguidores de todas las naciones de la tierra, de manera que mandó a sus discípulos para alcanzarlos y formarlos. Eso fue precisamente lo que hicieron... pero la obra todavía no está terminada. Jesús espera que sigamos sus huellas y que organicemos nuestra vida de manera que nuestras acciones giren en torno a completar esa misión.

La iglesia comenzó en Hechos 2 cuando tres mil personas se convirtieron. Se calcula que alrededor del año 100 d. C. había

aproximadamente veinticinco mil seguidores. Para el año 350 d. C. había más de treinta *millones*.⁷

¿Cómo pudo la iglesia crecer a ese ritmo increíble, especialmente bajo persecución? Los primeros creyentes consideraban su obligación hacer discípulos. Hoy vemos la misma mentalidad en la iglesia de China. De modo que no debe sorprendernos saber que los resultados también son similares. China afirmaba tener un millón de creyentes en 1950. En 1992, la Oficina Estatal de Estadísticas de China indicó que había setenta y cinco millones de cristianos.⁸ ¿Es acaso imposible imaginar que los cristianos pudieran tener esta misma disposición para la formación de discípulos y experimentar el mismo tipo de avivamiento aquí en América?

En última instancia, no importa si le gusta o no esta estrategia. En realidad no tenemos opción. Esa es la función de un mandamiento.

Arriesgamos mucho si ignoramos una tarea que nuestro jefe nos ha asignado en el trabajo. A la mayoría de nosotros jamás se le ocurriría hacerlo. ¿Por qué, entonces, ignoramos al Rey del universo que alguna vez regresará como Juez?

El mandato puede parecer abrumador. Muchos ya llevan vidas muy ocupadas y por momentos se sienten al borde del colapso. ¿Cómo pudo Jesús, quien dijo: «Mi yugo es fácil de llevar y la carga que les doy es liviana»,⁹ poner sobre nuestros hombros semejante peso? La respuesta está en considerar con quién estamos «enyugados» o unidos. Imagínese el cuadro de dos bueyes bajo un mismo yugo. ¡Ahora imagínese usted mismo enyugado con Jesús! ¿Quién no querría eso? ¿Acaso no es más un honor que una carga?

Jesús termina su mandato consolándonos: «Y tengan por seguro

esto: que estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos». ¹⁰ Promete acompañar a sus obreros hasta completar su obra. Esto es lo que nos da paz, confianza e incluso expectativa.

¿SE LO ESTÁ PERDIENDO?

Cuando las personas dicen que «no se sienten cerca de Jesús» les pregunto si están haciendo discípulos. Después de todo, su promesa de estar con nosotros está directamente ligada con este mandamiento de hacer discípulos. Aunque todos los cristianos queremos experimentar el poder del Espíritu Santo, con frecuencia olvidamos que el poder del Espíritu se da con el propósito de que seamos sus testigos. ¹¹ Experimentar a Dios, que es el anhelo de todo creyente, es algo que ocurre cuando somos sus testigos y hacemos discípulos.

No hay nada más emocionante que experimentar personalmente el poder de Dios. A todos nos hubiera gustado estar con Elías cuando ordenó que descendiera fuego del cielo, o caminar con Daniel en el foso de los leones o ver a Pedro y a Juan ordenar al paralítico ponerse de pie y caminar. No obstante, estos milagros ocurrieron cuando los siervos de Dios eran sus testigos en situaciones peligrosas. Nos perdemos de ver el poder del Espíritu cuando nos negamos a vivir por fe. Nos perdemos de experimentar a Cristo cuando no hablamos a favor de él.

Lo más trágico es que podríamos estar experimentando a Dios, pero en lugar de ello ¡experimentamos culpa! El temor de seguirlo en una vida para hacer discípulos nos deja desilusionados con nosotros mismos.

¿Acaso no lucha usted con ese tipo de culpa?

Lee la Biblia y cree que Jesús es el único camino al cielo. Teme que aquellos que mueren apartados de Cristo enfrenten un futuro aterrador. Sin embargo, por alguna razón, hace pocos esfuerzos para advertir a su familia y a sus amigos. Pasa diariamente por delante de vecinos, compañeros de trabajo y otras personas sin decirles una sola palabra acerca de Jesús.

Analiza su propia vida y piensa: *¡Esto no tiene sentido! O yo no creo realmente en la Biblia, o carezco completamente de amor. Me preocupa más ser rechazado que el destino eterno de las otras personas.*

Gran parte de mi vida estuvo invadida por la culpa porque sabía que mis acciones carecían de sentido a la luz de mis creencias.

Dios no quiere que vivamos así. Nos quiere libres de culpa y llenos de vida. Sin embargo, la solución no es ignorar nuestra culpa, ni justificar nuestras acciones, comparándonos con otros que son igualmente complacientes. La respuesta es el arrepentimiento. El cambio.

En muchas iglesias veo en la gente una tendencia a *disfrutar* de los sermones condenatorios. Salen de ellas sintiéndose quebrantados por su pecado. La parte distorsionada es que pueden comenzar a sentirse *victoriosos en su pesar*. Alardean diciendo: «Acabo de oír un mensaje muy duro ¡y me dejó hecho trizas!». El acento está puesto en la convicción misma y no en el cambio que está destinado a producir: un cambio que no necesariamente se produce cuando nos enfocamos en la convicción. La culpa no siempre es buena. Solo es buena cuando nos lleva más allá del pesar para experimentar el gozo del arrepentimiento.

Recuerde que el joven rico se marchó triste, mientras que Zaqueo (también rico) saltó del árbol con entusiasmo.¹² La diferencia entre

ambos fue el arrepentimiento. El joven rico estaba triste porque no estaba dispuesto a soltar su riqueza. Zaqueo dejó a un lado su orgullo y sus posesiones para seguir gozoso a Jesús. Esto es lo que Cristo quiere para nosotros.

Es hora de cambiar nuestra culpa y nuestro pesar por el gozo del Señor. Sin lamentos.

Pues la clase de tristeza que Dios desea que suframos nos aleja del pecado y trae como resultado salvación. No hay que lamentarse por esa clase de tristeza; pero la tristeza del mundo, al cual le falta arrepentimiento, resulta en muerte espiritual.¹³

LLEGAR A LA META

Todos hemos cometido errores, y quedarnos en el pasado puede destruirnos. La solución es sacar el mejor provecho del tiempo que nos queda en esta tierra.

Pablo hizo una maravillosa afirmación en Hechos 20:

Declaro hoy que he sido fiel. Si alguien sufre la muerte eterna, no será mi culpa, porque no me eché para atrás a la hora de declarar todo lo que Dios quiere que ustedes sepan.¹⁴

¡Apuesto a que le gustaría poder decir lo mismo! Pablo podía aceptarse a sí mismo porque no se echaba para atrás. ¡Decía todo lo que debía decir! Cuando su vida estaba por terminar, pudo decir con toda integridad:

Se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera y he permanecido fiel. Ahora me espera el premio, la corona de justicia que el Señor, el Juez justo, me dará el día de su regreso; y el premio no es solo para mí, sino para todos los que esperan con anhelo su venida.¹⁵

Así como el atleta olímpico que espera su medalla de oro, Pablo contemplaba su obra terminada. Solo le quedaba esperar su «corona». Había cumplido la tarea asignada. Tal como Jesús, quien dijo: «He llevado a cabo la obra que me encomendaste».¹⁶

¡Imagínese ahora mismo diciéndole esas palabras a Dios!

¿Habrá algo mejor que acercarse a su trono sabiendo que uno ha terminado lo que se le encomendó hacer? Cuesta creer que *nosotros* realmente podremos escuchar la voz de Jesús reconociéndonos ante el Padre, pero es lo que él nos prometió:

Todo aquel que me reconozca en público aquí en la tierra también lo reconoceré delante de mi Padre en el cielo; pero al que me niegue aquí en la tierra también yo lo negaré delante de mi Padre en el cielo.¹⁷

Es hora de que todos nosotros dejemos de negarlo. Nos hemos perdido de experimentar su presencia y su poder demasiado tiempo. Es hora de dejar atrás nuestros temores y de ponernos a trabajar. El libro que tiene entre las manos tiene que ver con vivir en paz como discípulo de Jesús y con terminar su vida en la confianza de quien ha forjado discípulos de Jesús. Este libro trata

del jubiloso viaje de vida eterna que le espera a toda persona que responde a la sencilla invitación de Jesús: «Sígueme».

Conocí a David Platt entre bastidores en una conferencia donde ambos teníamos que predicar a comienzos de 2011. Mientras mirábamos a la multitud de miles de oyentes hablamos de lo maravilloso que sería si pudiéramos estimular y equipar a toda esa gente para hacer discípulos. Coincidimos en que había que escribir un libro para explicar esa necesidad con la esperanza de movilizar a las masas. Estoy muy agradecido de que este libro se haya escrito.

Estos son tiempos emocionantes. En Norteamérica hay miles que ven los problemas en la iglesia y que están comprometidos en generar cambios. Están surgiendo verdaderos seguidores que se niegan a ser espectadores o consumidores. Jesús nos ordenó que fuéramos e hiciéramos discípulos, de manera que nos negamos a sentarnos y a ofrecer excusas.

Oro que usted se una al creciente número de creyentes comprometidos a hacer discípulos, que realmente hacen discípulos, que incansablemente harán discípulos hasta que todas las naciones hayan tenido la oportunidad de seguir a Jesús.

¿Qué otra opción tenemos?

Francis Chan



CAPÍTULO 1

CREYENTES NO CONVERTIDOS

IMAGINEMOS UNA MUJER LLAMADA AYAN.

Ayan pertenece a un pueblo que se enorgullece de ser cien por ciento musulmán. Pertenecer a la tribu de Ayan equivale a ser musulmán. La identidad personal de Ayan, su honor familiar, su situación relacional y su condición social están inseparablemente ligados con el islam. Para decirlo en forma sencilla, si Ayan osara dejar su fe, inmediatamente perdería su vida. Si la familia de Ayan descubriera que ella ha dejado de ser musulmana, la degollarían sin dudar ni vacilar.

Ahora imagínese conversando con Ayan acerca de Jesús. Comienza diciéndole que Dios la ama tanto que envió a su único Hijo para morir en la cruz por sus pecados como su Salvador.

A medida que habla, percibe que el corazón de Ayan se ablanda con sus palabras. No obstante, al mismo tiempo puede sentir que su espíritu tiembla al considerar el precio que tendría que pagar por seguir a Cristo. Con temor en los ojos y fe en el corazón, Ayan pregunta: «¿Cómo puedo hacerme cristiana?».

Tiene dos opciones para responderle a Ayan. Puede decirle lo fácil que es hacerse cristiana. Si ella simplemente acepta ciertas verdades y repite una oración en particular, puede ser salva. Es todo lo que hace falta.

La otra opción es decirle a Ayan la verdad. Puede decirle que en el evangelio Dios la llama a morir.

Literalmente.

Morir a su vida.

Morir a su familia.

Morir a sus amigos.

Morir a su futuro.

Decirle que muriendo, vivirá. Vivirá en Jesús. Vivirá como parte de una familia universal que incluye a todas las tribus. Vivirá con amigos de todas las épocas. Vivirá en el futuro donde el gozo durará para siempre.

Ayan no es una persona imaginaria. Es una mujer real que conoció y que tomó la decisión auténtica de hacerse cristiana: de morir a sí misma para vivir en Cristo, sin importarle el precio. Por su decisión, se vio obligada a huir de su familia y a quedar aislada de sus amigos. Sin embargo ahora está trabajando estratégica y sacrificadamente para la difusión del evangelio entre su propio pueblo. El riesgo es alto y cada día vuelve a morir a sí misma para poder vivir para Cristo.

La historia de Ayan es un claro recordatorio de que el llamado inicial de Cristo es un llamado inevitable a morir. Ese llamado ha estado claro desde el comienzo del cristianismo. Cuatro pescadores estaban a la orilla del mar en el primer siglo cuando Jesús se les acercó. «Vengan, síganme, ¡y yo les enseñaré cómo pescar personas!».¹ Con esto, Jesús invitó a esos hombres a dejar atrás sus profesiones, sus posesiones, sus sueños, sus ambiciones, su familia, sus amigos y su seguridad. Les pidió que abandonaran todo. «Si alguien quiere ser mi discípulo, tiene que negarse a sí mismo», dijo repetidamente Jesús. En un mundo donde todo gira en torno a uno mismo —protegerse a uno mismo, promoverse a uno mismo, preservarse a uno mismo, entretenerse a uno mismo, consolarse a uno mismo, cuidarse a uno mismo—, Jesús dijo: «Mueran a sí mismos», y eso fue exactamente lo que ocurrió. Según las Escrituras y la tradición, esos cuatro pescadores pagaron un precio alto por seguir a Jesús. Pedro fue crucificado cabeza abajo, Andrés fue crucificado en Grecia, Santiago fue decapitado y Juan fue exiliado.

No obstante, creyeron que valía la pena. En Jesús, esos hombres hallaron a alguien por quien valía la pena perderlo todo. En Cristo, encontraron un amor que sobrepasaba todo entendimiento, una satisfacción que superaba las circunstancias y un propósito que trascendía cualquier otra meta en este mundo. Perdieron sus vidas con gusto, con entusiasmo y con alegría para conocer, seguir y proclamar a Jesús. En las huellas de Jesús, estos primeros discípulos descubrieron un camino por el que valía la pena perder la vida al transitarlo.

Dos mil años después, me pregunto cuán lejos nos hemos desviado de ese camino. En algún punto, entre diversas corrientes

culturales y tendencias populares de la iglesia, parece que hemos minimizado el llamado de Jesús a una entrega total. Las iglesias están llenas de supuestos cristianos que parecen satisfechos de tener una relación superficial con Cristo mientras se adhieren nominalmente al cristianismo. A cientos de hombres, mujeres y niños se les ha dicho que hacerse seguidores de Cristo simplemente implica reconocer ciertos hechos y decir ciertas palabras. Sin embargo, esto no es cierto; discípulos como Pedro, Andrés, Santiago, Juan y Ayan nos muestran que el llamado a seguir a Jesús no es simplemente una invitación a formular una oración; es una exhortación a perder la vida.

¿Por qué, entonces, pensaríamos que hacerse cristiano implica algo menos para nosotros? Además, ¿por qué *no* habríamos de querer morir a nosotros mismos para vivir en Cristo? Sí, hay un costo asociado a salir de un cristianismo cultural, superficial y cómodo, pero vale la pena. Dicho más apropiadamente, *él* vale la pena. Jesús vale mucho más que una creencia intelectual, y seguirlo implica mucho más que una espiritualidad monótona. Se halla un gozo indescriptible, se experimenta una profunda satisfacción y hay un propósito eterno que cumplir al morir a nosotros mismos para vivir por él.

Es por eso que he escrito este libro. En un libro anterior, *Radical*, procuré exponer valores e ideas que son comunes en nuestra cultura (y en la iglesia) pero antitéticos al evangelio. Mi meta era analizar los pensamientos y las cosas de este mundo que deberíamos abandonar para seguir a Jesús. El propósito de este libro, entonces, es el paso siguiente. Quiero avanzar de *aquello* que abandonamos a *quién* nos aferramos. Quiero explorar no solamente el peso de lo

que debemos abandonar en este mundo, sino también la grandeza de aquel a quien debemos seguir en este mundo. Quiero exponer lo que significa morir a nosotros mismos y vivir en Cristo.

Lo invito a unirse a mí en este viaje a través de las siguientes páginas. En el camino quiero plantear algunas preguntas sobre algunas frases comunes en el cristianismo contemporáneo. Mi meta al analizar estas preguntas no es corregir a nadie que haya usado alguna vez ciertas palabras, sino sencillamente descubrir peligros potenciales que se esconden detrás de los clichés populares. Incluso al hacer esas preguntas, no pretendo tener todas las respuestas, y tampoco afirmo entender todo lo que conlleva seguir a Jesús. No obstante, en un tiempo en que lo esencial de hacerse y ser cristiano está tan difamado por la cultura y mal entendido en la iglesia, sé que hay más en Jesús que la religión rutinaria a la que estamos tentados a conformarnos en cada momento. Además, estoy convencido de que cuando tomemos en serio lo que Jesús realmente quiso expresar cuando dijo: «Sígueme», descubriremos que podemos sentir mucha más satisfacción en él, experimentar mayor poder con él y lograr un propósito mucho más elevado para él que cualquier otra cosa que ofrece este mundo. Como resultado, todos —cada uno de los cristianos— estaremos dispuestos, anhelantes y felices de perder nuestra vida por conocer y proclamar a Cristo, porque eso es precisamente lo que significa seguirlo.

REPITA ESTA ORACIÓN

Tengo un amigo, llamémosle Juan, cuyo primer contacto con el concepto del infierno fue durante un episodio de la serie *Tom y Jerry* cuando era niño. En una escena particularmente vívida,

a Tom lo mandan al infierno por algo que le había hecho a Jerry. Lo que estaba pensado como algo cómico aterrorizó a Juan, y más tarde se encontró en la iglesia hablando con un hombre mayor acerca de lo que había visto.

El hombre de la iglesia miró a Juan y le dijo:

—Bueno, *tú* no quieres ir al infierno, ¿verdad?

—No —respondió.

—Bien —dijo el hombre—, entonces haz esta oración conmigo: Querido Jesús...

Juan se quedó callado. Después de un silencio incómodo, comprendió que se esperaba que repitiera lo que el hombre decía, de manera que respondió vacilante:

—Querido Jesús...

—Sé que soy un pecador, y sé que Jesús murió en la cruz por mis pecados —dijo el hombre.

Juan repitió las palabras.

«Te pido que entres en mi corazón y me liberes de mi pecado», dijo el hombre.

Nuevamente Juan repitió lo que había oído.

«Amén», terminó el hombre.

Luego miró a Juan y dijo: «Hijo, eres salvo de tus pecados, y no tienes que volver a preocuparte por el infierno».

Seguramente lo que ese hombre le dijo a mi amigo ese día en la iglesia no es verdad. Seguramente eso no es lo que significa responder a la invitación de Jesús a seguirlo. Sin embargo, este relato representa el engaño que se ha extendido como un incendio por todo el campo cristiano contemporáneo.

Solo tienes que aceptar a Jesús en tu corazón.

Sencillamente invita a Cristo a entrar en tu vida.

Repite conmigo esta oración, y serás salvo.

¿No debería inquietarnos el hecho de la que Biblia jamás menciona esa oración? ¿Acaso no debería hacernos reflexionar que en ningún lugar de las Escrituras se inste a alguien a «pedir a Jesús que entre en su corazón» o a «invitar a Cristo a su vida»? No obstante, eso es precisamente lo que muchísimos cristianos profesantes han sido alentados a hacer, mientras se les aseguraba que en tanto dijeran ciertas palabras, recitaran cierta oración, levantaran la mano, marcaran un casillero, firmaran una tarjeta o caminaran por la nave de la iglesia, serían hechos cristianos y su salvación estaría asegurada eternamente.

Eso no es verdad. Con buenas intenciones y sinceros deseos de alcanzar a la mayor cantidad posible de personas para Jesús, hemos minimizado sutil y engañosamente la magnitud de lo que significa seguirlo. Hemos reemplazado las palabras desafiantes de Cristo por las frases trilladas de la iglesia. Hemos vaciado la savia vital del cristianismo y en su lugar hemos puesto refresco azucarado para que tenga mejor sabor, y las consecuencias son catastróficas. Cientos de miles de hombres y mujeres en este momento piensan que están salvados de sus pecados cuando en realidad no lo están. Miles de personas en todo el mundo se sienten culturalmente cristianas, pero bíblicamente no lo son.

«NUNCA LOS CONOCÍ»

¿Es eso posible? ¿Es posible que usted o yo profesemos ser cristianos y en realidad no conozcamos a Cristo? Claro que sí. Además, según Jesús, no solo es posible sino también *probable*.

¿Recuerda las palabras de Jesús hacia el final de su sermón más conocido? Rodeado de personas a las que se menciona como discípulos, Jesús dijo:

No todo el que me llama: «¡Señor, Señor!» entrará en el reino del cielo. Solo entrarán aquellos que verdaderamente hacen la voluntad de mi Padre que está en el cielo. El día del juicio, muchos me dirán: «¡Señor, Señor! Profetizamos en tu nombre, expulsamos demonios en tu nombre e hicimos muchos milagros en tu nombre». Pero yo les responderé: «Nunca los conocí. Aléjense de mí, ustedes, que violan las leyes de Dios».²

Estas son algunas de las palabras más aterradoras de toda la Biblia. Como pastor, a veces me quedo despierto por las noches angustiado por la idea de que *muchas* personas que están sentadas en la iglesia los domingos un día tendrán la sorpresa de estar frente a Jesús oyéndolo decirles: «Nunca los conocí; ¡aléjense de mí!».

Todos estamos propensos al engaño espiritual, cada uno de nosotros. Cuando Jesús dice estas palabras en Mateo 7, no está hablando de personas no religiosas, ateas, agnósticas, paganas o herejes. Está hablando de buenas personas religiosas: hombres y mujeres asociados con Jesús que dan por sentado que su eternidad está asegurada y un día se darán con la sorpresa de que no lo está. Aunque profesaban creer en Jesús e incluso hacían toda clase de obras en su nombre, en realidad jamás lo conocieron.

Ese engaño era muy factible entre las multitudes del primer siglo y es factible también en las iglesias del siglo XXI. Cuando leo

Mateo 7, pienso en Tom, un empresario exitoso de Birmingham que comenzó a asistir a la iglesia que pastoreo. Tom ha pasado toda su vida en la iglesia. Ha participado prácticamente en todas las comisiones que la iglesia ha formado. Uno de los pastores de la iglesia donde Tom asistía anteriormente hasta llamó a uno de nuestros pastores para decirnos lo bueno que es Tom y lo útil que sería como miembro de nuestra iglesia.

El único problema era que a pesar de haber servido en la iglesia por más de cincuenta años, Tom jamás había sido un verdadero seguidor de Jesús. «Todos estos años estuve sentado en los bancos de la iglesia pensando que conocía a Cristo cuando en realidad no lo conocía en absoluto», dijo Tom.

Jordan es una estudiante universitaria de nuestra iglesia que tiene una historia similar. Escuchemos su relato según sus propias palabras:

A los cinco años oré para que Jesús entrara en mi corazón. Esta oración me sirvió provisoriamente como una tarjeta de «Escape gratis del infierno» mientras yo seguía andando en pecado. Me veía mejor que todos los estudiantes de mi grupo de jóvenes, y eso servía para confirmar mi fe. Si esa certificación no era suficiente, cada vez que cuestionaba mi fe, mis padres, pastores y amigos me decían que era «cristiana», porque había hecho esa oración y lucía bien por fuera, así que estaban seguros de que yo estaba «adentro».

No obstante, mi corazón aún no estaba abierto para entender la gracia. Era evidente que la oración que había

hecho antes probablemente no me ayudaría. ¿Qué hice entonces? Lo que cualquiera que no estuviera dispuesto a admitir su quebranto y su depravación frente a un Dios santo: «Redediqué» mi vida a Cristo (puedo asegurar que esa no es una expresión acuñada por las Escrituras).

No obstante, seguía muerta en mi pecado y sin arrepentirme. Seguía pensando que mis buenas obras realizadas en el pasado y las que seguiría haciendo en el futuro contarían a mi favor. Podía salvarme a mí misma; de eso estaba segura. Conducía estudios bíblicos y participaba en viajes misioneros, pero nada de eso tenía importancia. Seguía siendo por naturaleza una hija de la ira.

Durante mi primer año en la universidad finalmente fui confrontada con la gran tensión que había entre mi ser pecaminoso y la naturaleza santa de Dios. Por primera vez comprendí que el significado de la cruz era satisfacer la ira que Dios debía haber dirigido hacia mí. Caí de rodillas temblando de temor y adoración, y con lágrimas en los ojos confesé mi necesidad de Jesús más que ninguna otra cosa en el mundo. Ahora me alegra confesar que «Mi antiguo yo ha sido crucificado con Cristo. Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí».³

Después de años en la iglesia, Jordan sufrió una profunda transformación en su vida, pasando de saber *acerca* de Jesús a vivir *en* Jesús. Pasó de trabajar *para* Jesús en un intento de conquistar el favor de Dios a caminar *con* Jesús en un desborde de fe.

No creo que las historias de Tom y de Jordan sean únicas. Creo que expresan una pandemia en todo el cristianismo contemporáneo. Al igual que Tom y Jordan, multitudes de hombres, mujeres y niños en todo el mundo están cómodamente sentados bajo la bandera del cristianismo, pero jamás han calculado el costo de seguir a Cristo.

EL CAMINO DIFÍCIL

Por eso es tan importante que escuchemos las palabras de Jesús en Mateo 7. Allí él expone nuestra peligrosa tendencia a gravitar hacia lo fácil y lo popular. Escuchemos su advertencia: «Solo puedes entrar en el reino de Dios a través de la puerta angosta. La carretera al infierno es amplia y la puerta es ancha para los muchos que escogen ese camino. Sin embargo, la puerta de acceso a la vida es muy angosta y el camino es difícil, y son solo unos pocos los que alguna vez lo encuentran».⁴ En otras palabras, hay un ancho camino religioso que es tentador y abierto a todos. Este camino agradable, cómodo y siempre concurrido es atractivo y complaciente. Lo único que se requiere de usted es una decisión inmediata por Cristo, y después de tomarla no hay que preocuparse de sus mandamientos, de sus pautas ni de su gloria. Ya tiene su pasaje al cielo, y su pecado, ya sea que se manifieste como fariseísmo o como autocomplacencia, será tolerado a lo largo del camino.

Sin embargo, ese no es el camino de Jesús. Él nos llama a un camino difícil, y la palabra que Jesús usa para «difícil» está asociada en otras partes de la Biblia con sufrimiento, presión, tribulación y persecución. El camino de Jesús es difícil de transitar, y muchos lo detestan.

Pocos capítulos después de estas palabras en Mateo 7, Jesús les advirtió a sus discípulos que serían apaleados, traicionados, maltratados, discriminados y asesinados por seguirlo: «Tengan cuidado, porque los entregarán a los tribunales y los azotarán con látigos en las sinagogas. Serán sometidos a juicio delante de gobernantes y reyes por ser mis seguidores. [...] Un hermano traicionará a muerte a su hermano, un padre traicionará a su propio hijo. [...] Todas las naciones los odiarán a ustedes por ser mis seguidores».⁵

En otra ocasión, después que Jesús alabó a Pedro por su confesión de fe en él como «el Mesías, el Hijo del Dios viviente», Jesús reprendió a Pedro por no percibir la magnitud de lo expresado. Como muchas personas hoy en día, Pedro quería un Cristo sin la cruz y un Salvador sin sufrimiento. De manera que Jesús miró a Pedro y a los otros discípulos y dijo: «Si alguno de ustedes quiere ser mi seguidor, tiene que abandonar su manera egoísta de vivir, tomar su cruz cada día y seguirme. Si tratas de aferrarte a la vida, la perderás, pero si entregas tu vida por mi causa, la salvarás».⁶

Poco antes de ir a la cruz, Jesús dijo a sus discípulos: «Los arrestarán, los perseguirán y los matarán. En todo el mundo los odiarán por ser mis seguidores».⁷ En cada uno de los pasajes de Mateo, el llamado a morir está muy claro. El camino que lleva al cielo es peligroso, solitario y costoso en este mundo, y pocos están dispuestos a pagar el precio. Seguir a Cristo implica perder la vida... y encontrar nueva vida en él.

No hace mucho estuve sirviendo en el norte de África junto a hermanos y hermanas perseguidos. Hablé con un hombre que pocos meses antes había perdido una pierna, destrozada por la explosión de una bomba en la iglesia. Hablé con un pastor que me relató que

las mujeres de su iglesia eran raptadas, abusadas y violadas por ser cristianas. Almorcé con una familia cuyo vecino, un seguidor de Jesús, había sido apuñalado en el corazón y había muerto.

Escuché la historia de tres cristianos que habían viajado desde Estados Unidos para trabajar en un hospital en esa región. Tomando una decisión que la mayoría de las personas del mundo (y muchas personas de la iglesia) consideraría necia e imprudente, esas personas habían dejado atrás comodidad, carreras, familia, amigos y seguridad para compartir la bondad y la gracia de Cristo en una tierra donde está prohibido hacerse cristiano. Día tras día atendían las necesidades físicas mientras compartían la verdad espiritual en el hospital.

Sabían que tendrían oposición a su trabajo, pero nada podía haberlos preparado para el día en que entró un hombre al hospital con un vendaje falso en la mano y un bulto que simulaba un bebé. Entró a la oficina e inmediatamente desató el bulto que contenía un rifle cargado. Comenzando por la oficina y abriéndose paso por el resto de la clínica, mató a los tres hermanos.

Durante mi estadía en ese país, se acercaba el décimo aniversario de esa matanza, de manera que separamos un tiempo para recordar a esos tres cristianos. Nuestra conmemoración se hizo cerca de la tumba de Oswald Chambers. Así es que consideramos apropiado leer algo del conocido devocional escrito por Oswald Chambers, *En pos de lo supremo*, ese día. Fue como si sus palabras hubieran sido escritas precisamente para esa ocasión. Chambers dice:

Supongamos que Dios te pide hacer algo que va contra tu sentido común, algo totalmente contradictorio. ¿Qué

harás? ¿Vacilar? Si adquieres el hábito de hacer algo de carácter físico, lo repetirás en cada ocasión en que sea requerido hasta que decidas romper con dicho hábito a fuerza de voluntad. Lo mismo ocurre espiritualmente. Alcanzarás una y otra vez la altura de lo que Jesucristo requiere, pero siempre vas a retroceder cuando llegue el momento de la prueba, hasta que tomes la determinación de rendirte a Dios en total sumisión. [...]

Jesucristo exige el mismo espíritu audaz y atrevido a quienes confían en él. [...] Si una persona va a hacer algo que valga la pena, en ocasiones debe arriesgarlo todo dando un salto hacia lo desconocido. En el reino espiritual Jesucristo exige que arriesgues todo aquello en lo que confías o crees por sentido común y que saltes por la fe hacia lo que él te dice. Tan pronto obedeces, encuentras que sus palabras resultan tan sólidas como el sentido común.

Según el sentido común, las declaraciones de Jesucristo parecen una locura, pero cuando las pongas a la prueba de la fe descubrirás con asombro que son las palabras de Dios mismo. Confía plenamente en él y cuando él te presente una nueva oportunidad de aventura, empréndela. Nos comportamos como los paganos durante las crisis; solo uno entre mil es lo bastante osado como para poner su fe en el carácter de Dios.⁸

Las palabras de Oswald Chambers, vistas a través de la lente de la vida de estos tres mártires, nos desafían a considerar la aparente locura de las palabras de Jesús:

Si quieres ser mi discípulo, debes aborrecer a los demás —a tu padre y madre, esposa e hijos, hermanos y hermanas— sí, hasta tu propia vida. De lo contrario, no puedes ser mi discípulo. Además, si no cargas tu propia cruz y me sigues, no puedes ser mi discípulo. [...] Así que no puedes convertirte en mi discípulo sin dejar todo lo que posees.⁹

Para cualquier otra persona en el mundo, esas palabras parecen una locura. No obstante, para cada cristiano, esas mismas palabras son vida. Para los pocos que eligen abandonarse a la voluntad de Dios y ponen su confianza en el carácter de Dios, siguiendo a Jesús dondequiera que los lleve, sin importar el precio, es lo único que tiene sentido.

¿QUÉ DE CREER?

En medio de este énfasis en el precio de seguir a Jesús, quizás se preguntará por los pasajes de la Biblia donde parece que la salvación implica solo la fe. Jesús le dice a Nicodemo que «Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que *crea* en él no se pierda, sino que tenga vida eterna». Pablo y Silas le dicen al carcelero de Filipos: «*Cree* en el Señor Jesús y serás salvo». Según la carta a los Romanos, «si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y *crees* en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo».¹⁰ Sobre la base de estos pasajes uno podría concluir que lo único que se requiere para hacerse o ser cristiano es creer en Jesús.

Esto es totalmente cierto, pero debemos considerar el contexto para entender lo que la Biblia quiere decir por creer. Cuando Jesús

llama a Nicodemo a creer en él, lo está llamando a nacer de nuevo: a comenzar una vida totalmente nueva dedicada a seguirlo. De igual manera, cuando el carcelero de Filipos cree en Cristo, sabe que se está integrando a una comunidad de cristianos que sufre castigos, azotes, persecución y cárcel por su fe. El precio de seguir a Cristo está muy claro. De la misma manera, Pablo dice a los cristianos romanos que creer en la resurrección salvadora de Jesús es proclamar el señorío soberano de Jesús sobre su vida.

En cada uno de estos versículos (y de muchos otros como ellos), creer en Jesús para salvación implica mucho más que la simple afirmación intelectual. Después de todo, hasta los demonios «creen» que Jesús es el Hijo de Dios crucificado y resucitado.¹¹ Es obvio que «creer» así no salva, no obstante esa manera de «creer» es muy común hoy en todo el mundo. Casi todas las personas ebrias que cruzo en la calle dicen que «creen» en Jesús. Cantidades de personas que conozco en el mundo, incluyendo algunos hindúes, animistas y musulmanes profesan algún grado de «creencia» en Jesús. Todo tipo de asistentes poco entusiastas y mundanos de la iglesia confiesan «creer» en Jesús.

Todos podemos profesar públicamente una fe que no poseemos personalmente, incluso (tal vez debería decir *especialmente*), en la iglesia. Escuchemos la voz de los condenados en Mateo 7 cuando exclaman: «¡Señor, Señor!», y Jesús les responde: «No todo el que me llama: “¡Señor, Señor!” entrará en el reino del cielo. Solo entrarán aquellos que verdaderamente hacen la voluntad de mi Padre que está en el cielo».¹² Está claro que las personas que afirman creer en Jesús no tienen asegurada la eternidad en el cielo. Por el contrario, solo aquellos que obedecen a Jesús entrarán en su reino.

No bien lea esto, seguramente se sentirá animado a preguntar: «David, ¿acabas de decir que las *obras* están involucradas en nuestra salvación?». Quiero responder a esa pregunta con claridad: no es lo que yo estoy diciendo.

En vez de eso, es lo que *Jesús* está diciendo.

Quiero ser muy claro aquí, porque podríamos comenzar a convertir el evangelio en algo que no es. Jesús no está diciendo que las obras son la *base* para nuestra salvación. La gracia de Dios es la *única* base para nuestra salvación, una verdad que exploraremos más en el siguiente capítulo. Sin embargo, en nuestro apuro por defender la gracia, no podemos pasar por alto lo obvio de lo que Jesús está diciendo aquí (y en muchos otros lugares también): solo aquellos que obedecen las palabras de Cristo entrarán en su reino. Si nuestra vida no refleja el fruto de seguir a Jesús, entonces somos necios al creer que realmente somos sus seguidores.

PELIGROSAMENTE ENGAÑADOS

Consideremos un estudio reciente que descubrió que cuatro de cada cinco estadounidenses se identifican como cristianos. En ese grupo de autoproclamados cristianos, menos de la mitad está involucrada semanalmente en la iglesia. Menos de la mitad cree que la Biblia es fidedigna, y la gran mayoría carece de una visión bíblica del mundo que los rodea.

Las encuestas fueron aún más allá e identificaron a los hombres y mujeres que se describían como «cristianos nacidos de nuevo» (como si pudiera haber de otro tipo). Son las personas que dicen haberse entregado personalmente a Jesús y creen que irán al cielo por haber aceptado a Jesús como su Salvador. Según la encuesta,

casi la mitad de los estadounidenses está conformada por «cristianos nacidos de nuevo».

Sin embargo, los investigadores descubrieron que las creencias y los estilos de vida de este grupo de «cristianos nacidos de nuevo» eran prácticamente indistinguibles de los del resto del mundo que los rodea. Muchos de estos «cristianos nacidos de nuevo» creen que sus obras les pueden asegurar un lugar en el cielo, otros piensan que cristianos y musulmanes adoran al mismo Dios, algunos creen que Jesús pecó cuando estuvo en la tierra y un creciente número de los «cristianos nacidos de nuevo» se describen a sí mismos como comprometidos solo marginalmente con Jesús.¹³

Muchas personas han utilizado estos datos para llegar a la conclusión de que en realidad los cristianos no son diferentes de las demás personas, pero yo no creo que esta interpretación del estudio sea la correcta. Yo creo que lo que está perfectamente claro sobre estas estadísticas es que hay un gran grupo en el mundo que se considera cristiano, pero que no lo es. Hay un gran grupo de personas que cree haber nacido de nuevo, pero que está peligrosamente engañado.

Imagine que usted y yo arreglamos un encuentro para almorzar en un restaurante y usted llega antes que yo. Usted espera y espera y espera, pero media hora después yo aún no he llegado. Cuando finalmente aparezco, jadeando, le digo: «Lamento llegar tarde. Cuando conducía hacia aquí se me reventó una llanta, así es que debí salir al borde de la autopista para cambiarla. Mientras lo hacía, sin querer entré a la autopista, y un semirremolque que pasaba a 110 kilómetros por hora me chocó de frente. Dolió, pero me levanté, terminé de cambiar la llanta de repuesto y conduje hasta aquí».

Si esa fuera mi explicación, usted sabría que yo mentía deliberadamente o que estaba completamente confundido. ¿Por qué? Porque si a una persona la embiste un semirremolque a 110 kilómetros por hora, ¿esa persona se va a ver *muy* diferente de lo que se veía antes!¹⁴

En vista de esto, estoy seguro de que cuando una persona tiene un encuentro cara a cara con Jesús, el Dios del universo en carne y hueso, y Jesús cala hondo en la profundidad de su corazón, salva su alma de las garras del pecado y transforma su vida para que lo siga, esa persona se verá diferente. *Muy* diferente. Las personas que afirman ser cristianas, pero cuyas vidas no son diferentes de las del resto del mundo, evidentemente no son cristianas.

Ese engaño no se manifiesta solo en Estados Unidos; es frecuente en todo el mundo. Recientemente, mientras oraba intercediendo por diferentes países del mundo, llegué a Jamaica, un país que supuestamente es casi cien por ciento cristiano. La guía de oración que uso hace esta afirmación sobre Jamaica: «Disfruta de una de las tasas más altas del mundo en iglesias por kilómetro cuadrado, pero la mayoría de los autoproclamados cristianos de Jamaica no asiste a la iglesia ni lleva una vida cristiana».¹⁵ Al leer eso, me sentí abrumado por la inevitable conclusión de que multitudes de hombres y mujeres en Jamaica creen ser cristianos cuando no lo son. Se unen a millones de personas en todo el mundo que se dicen cristianas pero que no siguen a Cristo.

El engaño espiritual es peligroso... y condenatorio. Cualquiera de nosotros puede engañarse a sí mismo. Somos criaturas pecadoras, predispuestas a considerarnos favorablemente, y tendemos a creer que somos algo cuando no lo somos. La Biblia dice que el

dios de este mundo (Satanás) ciega la mente de los no creyentes para que no puedan conocer a Cristo.¹⁶ ¿No será que una de las maneras en que Satanás lo hace es engañando a las personas para que crean ser cristianas cuando no lo son?

EL SIGNIFICADO DEL ARREPENTIMIENTO

¿Cómo, entonces, llega una persona a ser una verdadera seguidora de Jesús? ¿Qué sucede cuando el semirremolque de la gloria y la gracia de Dios colisiona con la vida de alguien? El resto de este libro gira en torno a la respuesta a esa pregunta, pero por un momento consideremos una palabra que resume el llamado de Jesús.

La primera palabra que Jesús pronunció en su ministerio en el Nuevo Testamento es muy clara: «Arrepiéntanse».¹⁷ Es la misma palabra que Juan el Bautista proclama en preparación para la venida de Jesús.¹⁸ Esta palabra también es la base para el primer sermón cristiano en el libro de Hechos. Después que Pedro proclama la Buena Noticia de la muerte de Cristo por el pecado, la gente le pregunta: «¿Qué debemos hacer?». Pedro no les dice que cierren los ojos, repitan ciertas palabras con él o que levanten la mano. En lugar de eso, Pedro los mira directamente a los ojos y les dice: «Arrepiéntanse».¹⁹

El arrepentimiento es un prolífico término bíblico que significa una transformación elemental de la mente, del corazón y de la vida de alguien. Cuando las personas se arrepienten, se vuelven de andar en una dirección y corren en la dirección opuesta. Desde ese momento en adelante piensan diferente, creen diferente, sienten diferente, aman diferente y viven de manera diferente.

Cuando Jesús dijo: «Arrepiéntanse», él estaba hablando con

personas que se rebelaban contra Dios en su pecado y confiaban en sí mismas para su salvación. El público de Jesús, predominantemente judío, creía que su herencia familiar, su condición social, su conocimiento de reglas específicas y su obediencia a ciertos ritos eran suficientes para hacerlos justos delante de Dios.

El llamado de Jesús al arrepentimiento, entonces, era un llamado a renunciar al pecado y a dejar de confiar en sí mismos para la salvación. Solo volviéndose de su pecado y de sí mismos, y volviéndose hacia Jesús, podían ser salvos.

De la misma manera, cuando Pedro dijo: «Arrepiéntanse», él le estaba hablando a una multitud que poco antes había crucificado a Jesús. En su pecado, habían matado al Hijo de Dios y ahora estaban bajo el juicio de Dios. El llamado de Pedro al arrepentimiento era una súplica a la gente para que confesaran su maldad, se volvieran de su mal camino y confiaran en Jesús como Señor y Cristo.

Básicamente, entonces, el arrepentimiento implica renunciar a la antigua manera de vivir en favor de otra nueva. Dios dice a su pueblo en el Antiguo Testamento: «Arrepiéntanse y abandonen sus ídolos, y dejen de cometer ya sus pecados detestables».²⁰ De manera similar, en el Nuevo Testamento, el arrepentimiento requiere abandonar a los ídolos de este mundo y cambiar el objeto de adoración.²¹

Recuerdo un momento particular en una iglesia casera en Asia. Nos reuníamos en un lugar secreto y aislado en las afueras de una aldea rural apartada. Los hogares empobrecidos de esa aldea eran verdaderos depósitos de ídolos. Abundaba la superstición satánica porque los aldeanos estaban convencidos de que necesitaban de una diversidad de dioses para que los proveyeran y los protegieran.

Durante las reuniones, una mujer llamó particularmente mi atención. Escuchaba atentamente todo lo que yo compartía sobre la Palabra de Dios con ellos y era evidente que el Señor la estaba atrayendo hacia su verdad. Al final del día, la mujer expresó su deseo de seguir a Jesús. Estábamos muy emocionados.

Al día siguiente, esta nueva hermana en Cristo volvió y nos llevó aparte al pastor de la iglesia y a mí. Nos informó que su casa estaba llena de dioses falsos a los que había adorado toda su vida y que quería librarse de ellos. El pastor y yo la acompañamos a su casa, y quedé abrumado por lo que vi.

En el interior de la pequeña y oscura casa de solo dos habitaciones, carteles con figuras de falsos dioses en rojo y negro cubrían las paredes. Había estatuillas demoníacas de arcilla y de madera por el piso, en las mesas y en todas partes. En el centro de una de las habitaciones había un gran ídolo colgado en la pared con su rostro ominoso mirándonos directamente.

Comenzamos a sacar inmediatamente los carteles y los ídolos, orando en voz alta por la mujer y pidiendo la bendición de Dios sobre su hogar para su gloria. Llevamos a cada uno de esos ídolos a la casa donde nos estábamos reuniendo y encendimos una fogata. Ese día comenzamos nuestro estudio de la Palabra en medio del olor de dioses ahumados.

Esta escena es una ilustración de lo que ocurre en la vida de cada persona que se arrepiente de su pecado, renuncia a sí misma y corre hacia Cristo en fe. Con humildad miramos y con gozo quemamos los ídolos de este mundo que antes adorábamos. Nos volvemos de espaldas a ellos para confiar en Jesús como aquel a quien ahora vemos como el único digno de nuestra adoración.

Cuando aquella mujer se hizo cristiana, fue evidente que ya no podía arrodillarse a los pies de los falsos dioses de su casa y que necesitaba liberarse de ellos. De manera semejante, pienso en Vasu, un hermano indio que solía hacer ofrendas y sacrificios diarios ante una diversidad de dioses hindúes. Luego de hacerse seguidor de Jesús, Vasu comenzó a alejarse de esos ídolos. También pienso en Gunadi, un hombre que solía ser un devoto musulmán pero recientemente confió en Jesús como Salvador y Rey. Arrepentido, Gunadi se alejó de las enseñanzas de Mahoma para seguir los pasos de Jesús.

En circunstancias como estas, el arrepentimiento parece claro y evidente. Los cristianos de trasfondos animistas, hindúes o musulmanes deben alejarse de los falsos dioses para poder seguir a Cristo, y el arrepentimiento se evidencia en la transformación de su vida. No obstante, ¿qué pasa con la gente de entornos predominantemente «cristianos» que no se inclinan ante ídolos ni ofrecen sacrificios a falsos dioses? ¿En qué consiste el arrepentimiento en su vida?

Esta pregunta es extremadamente importante, porque expone un error fundamental en la manera en que frecuentemente nos vemos. Cuando pensamos en la adoración de ídolos y falsos dioses, a menudo nos imaginamos personas asiáticas comprando estatuillas esculpidas en madera, piedra u oro, o en tribus africanas realizando danzas rituales alrededor de una fogata de sacrificio. Sin embargo, no tenemos en cuenta al hombre de Occidente que mira figuras pornográficas en Internet o películas y programas deshonrosos por televisión. No pensamos en la mujer de Occidente que compra compulsivamente objetos innecesarios o se ocupa obsesivamente de su aspecto físico. No tomamos en cuenta a los

hombres y mujeres del mundo occidental que son fascinados constantemente por el dinero y absorbidos ciegamente por el materialismo. Prácticamente nunca pensamos en nuestros frenéticos esfuerzos por escalar posiciones en las organizaciones corporativas, en nuestro incesante culto al deporte, en nuestro mal humor o en nuestra ansiedad cuando las cosas no son como queremos, en nuestra sobrealimentación, en nuestros excesos y en todo tipo de placeres mundanos. Tal vez lo más peligroso es que pasamos por alto la autorrealización espiritual y la superioridad religiosa que impiden que tantos de nosotros reconozcamos nuestra necesidad de Cristo. No podemos entender que un cristiano del otro lado del mundo crea que un dios de madera lo puede salvar, pero no tenemos problema en creer que la religión, el dinero, las posesiones, la comida, la fama, el sexo, los deportes, el estatus y el éxito nos puedan satisfacer. ¿En verdad pensamos que al arrepentirnos tenemos que abandonar menos ídolos que ellos?

El arrepentimiento es necesario para todos los cristianos en todas las culturas. Eso no significa que cuando las personas se hacen cristianas se vuelven repentinamente perfectas y nunca más vuelven a luchar contra el pecado.²² Lo que sí significa es que cuando nos hacemos seguidores de Jesús, hacemos un corte terminante con la antigua manera de vivir y damos un giro decisivo hacia una nueva manera de vivir. Morimos literalmente a nuestro pecado y a nosotros mismos: a nuestro egocentrismo, a invertir excesivamente en nosotros, a nuestro aire de superioridad, a nuestra autocomplacencia, a nuestra confianza en el esfuerzo propio y a nuestra vanagloria. En las palabras de Pablo, hemos sido «[crucificados] con Cristo. Ya no [vivimos], sino que Cristo vive en [nosotros]».²³

Cuando Cristo comienza a vivir en nosotros, todo comienza a cambiar. Cambia nuestra mente. Por primera vez comprendemos quién es Dios realmente, qué ha hecho Jesús y cuánto lo necesitamos. Cambian nuestros deseos. Las cosas de este mundo que solíamos amar ahora las despreciamos, y las cosas de Dios que antes aborrecíamos ahora las amamos. Cambia nuestra voluntad. Vamos adonde Jesús nos envía, damos todo lo que Jesús nos exige y estamos dispuestos a sacrificar todo lo que haga falta para pasar nuestra vida en inquebrantable obediencia a su Palabra. Cambia nuestra manera de relacionarnos. Ponemos nuestra vida a disposición de los otros en la iglesia mientras difundimos el evangelio por el mundo.

En definitiva, cambia nuestra razón para vivir. Las posesiones y la posición ya no son nuestras prioridades. La comodidad y la seguridad ya no nos preocupan. La estabilidad ya no es nuestra meta porque el yo ya no es nuestro dios. Ahora queremos la gloria de Dios más que a nuestra propia vida. Cuanto más lo glorificamos, más lo disfrutamos, y comprendemos mejor que esto es lo que significa bíblicamente ser cristiano.

COMIENZA EL VIAJE

En las siguientes páginas examinaremos esta revolución que ocurre cuando la persona se enfrenta cara a cara con el Dios hecho carne que le dice: «Sígueme». Consideraremos la envergadura de aquel a quien estamos llamados a seguir y nos maravillaremos ante el misterio de su gracia para con nosotros. Al descubrir cómo Dios transforma completamente a los discípulos de Jesús desde el interior, veremos la vida cristiana ya no como un sistema de tareas a

realizar sino como un placer incontenible. Desenmascaramos algunas consignas populares cristianas y posiciones políticamente correctas que nos impiden conocer verdaderamente y proclamar apasionadamente a Cristo. Al final, nos encontraremos unidos a hermanos y hermanas en todo el mundo cumpliendo un propósito grande y universal que Dios puso en movimiento desde antes de la creación del mundo.

No obstante, el viaje comienza comprendiendo verdaderamente lo que significa ser cristiano. Decir que creemos en Jesús apartados de la conversión de nuestra vida deja de lado completamente la esencia de lo que significa seguirlo. No se deje engañar. Su relación con Jesús y su condición delante de Dios no se basan en alguna decisión que tomó, en una oración que recitó, en una tarjeta que firmó o en una mano que levantó años atrás. Además, la vida cristiana no comienza simplemente con invitar a Jesús a entrar en nuestro corazón. Como veremos en el próximo capítulo, esa invitación proviene de él.